

miento de un empleo mejor ó la cantidad de cien ó doscientos pesos como indemnización voluntaria.

Las causas porque se le habia descompuesto tanto el carácter á D. José de la Cruz las conocemos perfectamente: un tanto por la elevacion de Calleja que habia militado á sus órdenes y que nunca habia hecho papel en el ejército español donde no era conocido, una vez que vino al país con un grado insignificante, otro tanto porque se le habian insurreccionado los pueblos de la laguna de Chapala y no podia, por mas esfuerzos que empleaba, acabar de vencer y destruir á los indios que defendian la isla de Mescala, el caso es que se sentia horriblemente contrariado y eso mismo le obligaba á estar encerrado de continuo en sus habitaciones de palacio, maldiciendo su suerte ó alimentando horribles proyectos de venganza. Pues si mucho le molestaba el no poder concluir con los indios de la isla de Mescala, que ya le habian matado muchos de sus buenos oficiales, destruido una parte de sus elementos de guerra y mermado su hacienda, más impresion le habian hecho las medidas de Calleja encaminadas á disminuir su poder, como la de quitarle el mando de las provincias de Valladolid y de Guanajuato y la de haber dispuesto de un modo que no daba lugar á réplica que mandara una seccion de tropas en apoyo del ejército del Norte destinado á concluir con el de Morelos, al mando de los coroneles Llano é Iturbide. Esta orden que habia sido la última que habia venido á ponerlo de mal talante, le hizo sentarse él mismo, contra su costumbre, á escribir una nota á

## CAPITULO XLIX.

## A ESCAPE

D. José de la Cruz habia pasado los últimos seis meses con un *spleen* tan soberano que ni á sí mismo se aguantaba. El carácter, que no lo tenia antes muy dulce, se le habia vuelto mas áspero, y en sus horas negras, que comenzaban desde la aurora en que dejaba la cama hasta las diez de la noche en que volvía á ella, reñía á cuantos tenian la desgracia de hablarle, y algunas veces, de las injurias de palabra pasaba á las injurias de obra con sus subalternos, que tenian que sufrirle por miedo, ó por necesidad, ó por la recompensa que no se hacia esperar despues que á sus solas se persuadia de que habia cometido un abuso de autoridad y una injusticia. Algunas veces hacian lo posible para orillarle á que les pegara un bofetón, seguros de que á las dos horas les mandaba el nombra-

Calleja, que por supuesto nunca pudo concluir, porque su excelencia redactaba mal y escribía peor, pues apenas sabía medio estampar su firma y eso de modo que solo él y Dios sabían que aquellos palotes querían decir José de la Cruz, sobre lo cual remitimos al lector á los valiosos autógrafos que dejó el aludido en los archivos de Guadalajara.

Se puso, pues, el general Cruz á escribir á Calleja una nota muy atrevida, por no decir muy deslenguada, en que trataba de probarle que no podía disminuir ni un hombre de sus tropas sin que se le alterara la paz pública en sus dominios que tanto trabajo le había costado establecer, para lo cual usaba de palabras no conocidas hasta entonces en el lenguaje oficial, como la de que no lo siguiera *moliendo* más sobre esa ni otras cosas, porque estaba dispuesto á tirarle á la cara con aquel gobierno, que nada le debía, para regresar á España en donde por sus muchos méritos y largos servicios estaba seguro de ser mucho más atendido y considerado. Como hemos dicho tuvo que detenerse á menos de la mitad de su trabajo, porque ni pudo ocurrírsele la forma en que debían terminar los períodos comenzados, ni estaba seguro de que era el estilo propio para entenderse con el virrey de la Nueva España, que mal ó bien, estaba nombrado por la Regencia y reconocido por las autoridades, de manera que tuvo que llamar á su secretario para prevenirle con su genial aspereza, que le hiciera una comunicacion para Calleja en que le diera á conocer el disgusto con que veía sus disposiciones y lo muy

dispuesto que se encontraba á no seguirlas, acatando si continuaban siendo desacertadas y agresivas para su gobierno; y como arrepentido de dar principio desde luego á la desobediencia, le manifestara que por ahora le mandaba la seccion de tropas que le ordenaba para que no fueran por culpa suya á sufrir trastorno las operaciones de la guerra, pero que para lo sucesivo le haría mucha gracia con no meterse en nada de lo que atañía al territorio de su mando, que á lo menos en cuanto á su régimen interior lo consideraba como independiente del virreinato, tanto por el origen de su nombramiento, como porque así lo habían considerado los anteriores vireyes dejándole la amplitud de accion necesaria para conservar la tranquilidad y responder de la buena administracion de sus provincias.

Descargado un poco de su mal humor despues de haber firmado esta comunicacion de buen decir en la forma, aunque en el fondo muy insolente, el altivo Cruz tuvo una de sus raras sonrisas, que si habían sido raras en su vida más lo eran en aquellas circunstancias, cuya sonrisa era arrancada por un pensamiento que le vino: ¡qué cara pondría el orgulloso Calleja luego que diera lectura á aquella nota que estaba seguro había de quemarle la sangre! Despues de haberse sonreido así por el espacio de tiempo que puede durar un relámpago, recobró su aire adusto, diciendo con brusca sequedad á su secretario: que concluido todo aquello le hiciera el favor de no volver ni en la tarde ni en la noche, porque quería dedicar

las horas que le faltaban del día á sus asuntos particulares y no ocuparse mas en ellas de los fastidiosos acuerdos oficiales.

Almorzó con D. Pedro Celestino Negrete y otros de sus gefes que tenian que marchar al día siguiente á proseguir la ruda y ya dilatada campaña de la isla de Mescala, y fuerza es agregar que comió con buen apetito y que estuvo algo decidór y ocurrente, particularmente contando anécdotas que se referian á los latrocinios de Calleja, lo mismo que á los medios tan bajos de que se habia servido para llegar al poder, conspirando contra Venegas que le habia hecho hombre, una vez que á él era al único á quien debía sus ascensos en la carrera militar y el prestigio que en ella habia alcanzado.

Después de la sobremesa, que no fué muy larga porque todos temian los accesos de cólera de semejante energúmeno, Negrete y sus compañeros se despidieron del gobernador y este se dirigió á su recámara á dormir una pequeña siesta. A las tres en punto pidió su chocolate, se lo sirvieron en una mesita junto á su propia cama y luego que concluyó llamó á su ayudante de guardia, le previno que le cñera la espada y le pusiera las espuelas, preparándose para acompañarle en algunas visitas que tenia que hacer esa tarde.

El oficial obedeció las órdenes como un autómatá y pocos minutos después salian uno en pos de otro del palacio y tomaban para el rumbo del Santuario que era en donde se encontraban las casas que ocu-

paban la familia de los Mercado y la de Margarita.

—Ya habiamos olvidado ese asunto, se iba diciendo Cruz para sus adentros, y es preciso que lo terminemos de una vez en esta misma semana.

Así pensando y razonando sobre este antiguo capricho que era uno de los pocos que no se le habian realizado por un descuido incomprensible, llegó á la casa en que vivia la hermosa Margarita con su madre la respetable dama española doña Tomasa. Se hizo anunciar, fué introducido por una criada á la sala en donde no tardaron en presentarse madre é hija; la primera se habia repuesto mucho apareciendo ahora casi jóven, con la tez sonrosada y una robustez adorable, mientras que la segunda con la misma esbeltez, aparecia con los colores mas vivos en las mejillas, que hacian resaltar sus admirables ojos negros y su frente pensadora, formando mas vivo contraste aún con sus labios rojos y frescos y su profusa cabellera de castaño oscuro. Sobre todo, lo que mas encantaba de Margarita eran sus dientes cuando sonreía formando dos hileras de verdaderas perlas blancas como si estuvieran formadas de pedacitos de nieve.

—Ya está aquí el bruto éste con su antigua mania, habia murmurado Margarita al oído de doña Tomasa.

Esta, que era mas calculadora y prudente, le contestó: —

—Mucho me temo que venga con mayores exigen-

tivas. Como si realmente fuera un rey, dice que su palabra dicha no se vuelve atrás.

—Y contra la fuerza, agregó doña Tomasa desalentada, es imposible oponerse.

—Estamos perdidos, dijo en voz baja D. Aniceto.

—Perdidos no, una vez que Margarita á quien tanto amamos, entra al seno de nuestra familia, dijo con fuego doña Catarina.

Margarita se habia quedado pensativa como vacilando si pondria ó no en planta el proyecto que se habia forjado y despues que todos estuvieron lamentándose ó alegrándose, dijo con resolucion:

—Supuesto que Anselmo va á ser mi marido, quiero que ustedes me den permiso de hablarle á solas dos palabras.

Para las preocupaciones de la época aquella petición parecia enorme: pero Margarita que habia logrado sacar á todos allí de sus casillas, adelantando las costumbres medio siglo, logró hablar con Anselmo por cerca de una hora.

El jóven salió de la habitacion pálido y temblando, mientras que Margarita apareció radiante de alegría y de belleza. ¿Qué fué lo que le dijo? ¿Qué fué lo que ambos jóvenes trataron y convinieron? Cuando le preguntaban á Anselmo algo sobre su entrevista su madre ó sus hermanas, se levantaba y se iba á la calle sin querer responder una palabra.

Dos dias despues, con la luz de la aurora apenas, se vieron pasar dos guapos ginetes por la garita del Arenal vestidos como amo y criado, apareciendo am-

bos demasiado jóvenes aunque llevando sus respectivas armas. Los destacamentos que los encontraron no los detuvieron porque no creyeron notar en ellos nada que les pareciese sospechoso.

Por la noche fué Cruz con toda su gente para hacer el matrimonio.

—Pues Margarita y Anselmo se han escapado esta madrugada, le contestaron.

—Es particular, dijo Cruz sorprendido, para no darme el gusto de casarlos á la fuerza, han querido pegarme el chasco de casarse ellos voluntariamente..... pues paciencia!

Dejamos á Morlos ocupado en acometer la gran empresa de apoderarse de la plaza de Valladolid que estaba bien amunichada y guarnecida, y que conde desde luego con el auxilio exterior de un ejército que mandaban Lino y Trápidel: los reyes que se habían hecho distinguidos por su valor, acrobacia y conocimiento de las artes militares.

La primera medida de Morlos que se senta en aquellos terribles momentos algo desvanecido por sus triunfos anteriores y por su elevacion al grado de generalísimo, cosa que le impedía tomar la resolucion de retirarse por parecerle deshonroso, aunque estaba convencido de que era lo más conveniente, fue mandar á Galeana para que con sus fuerzas y las de Don Nicolas Bravo se situara en la garita del Arenal con el fin de contener allí al ejército realista, mientras él